

EL AGUA COMO ELEMENTO DE INTERACCIÓN SOCIAL

Raquel Arango Zapata

RESUMEN

El trabajo estudia las formas de vida en las que el tema del agua tiene particular relieve. Tras consideraciones generales habla de la utilización del agua de pozos, de aljibes; de la importancia de saber donde había agua; de los centros sociales como los lavaderos que eran auténticos círculos culturales; de los oficios relacionados con el agua: rabadomante, aguador, chambileros, vendedores de hielo, etc. Concluye que el agua no solo es elemento esencial para la vida, sino que también configura las relaciones sociales y la cultura.

ABSTRACT

The paper studies the lifestyles in which the topic of water has a special relevance. After general considerations the paper talks about the usage of well water, of «aljibes», about the importance of knowing the origin of water; about social centers such as washing places (lavaderos), which were genuine cultural places, ice sellers, etc. The paper concludes that the water is not only an essential element for life, but also configures the social relationships and the culture.

1. INTRODUCCIÓN

El problema del agua

La forma de vivir de una sociedad rural asentada en unas tierras donde la aridez es el rasgo geográfico característico por excelencia, ha estado siempre condicionada

por la necesidad básica de encontrar agua no sólo para el abastecimiento doméstico, sino también para el riego agrícola, base económica primaria de la familia de labradores y agricultores del Campo de Cartagena. Podríamos definirla, por lo tanto, como factor de desarrollo, necesaria y creadora de riqueza.

No es de extrañar que los primeros asentamientos se concentraran en aquellos lugares donde la existencia de fuentes y manantiales remediasen su parvedad. Aquellos campesinos fueron evolucionando hasta conseguir de manera progresiva, una mayor cantidad de agua que pudiera satisfacer tanto sus necesidades primarias de subsistencia como el soporte de sus actividades económicas.

El rasgo esencial que caracterizaba a estos pobladores era la lucha incesante para poder superar todos los obstáculos que la naturaleza les infería, o, cuando menos, aprender a adaptarse a ellos.

La frase: «la necesidad agudiza el ingenio», adquiere en el Campo de Cartagena su significado más literal, ya que sus gentes han construido obras para el agua desde tiempos remotos: para captarla, almacenarla y consumirla en épocas de escasez, y también para conducirla a los terrenos más propicios para regar las cosechas. Existe pues, una valiosa tradición en dicho aprovechamiento.

Esta mentalidad de aprovechar hasta la última gota de agua se extiende a todo el Mediterráneo desde el Oriente Próximo (ca.7000 a.C), cuando se inicia una nueva relación con la naturaleza para desarrollar técnicas que permitan una transformación destinada a su propio beneficio¹.

2. UN FACTOR SOCIAL

Esta cultura del agua ha creado en el Campo de Cartagena relaciones sociales intercomunales (entre comunidades) e intracomunales (entre vecinos) dando lugar a una serie de acuerdos entre los distintos interesados y, en no pocas ocasiones, conflictos y dilemas a resolver.

Este tipo de relaciones se desarrollaron al amparo de lo que conocemos como bienes comunales: aquellos cuya propiedad está atribuida a un conjunto de personas en razón del lugar donde habitan y que tienen un régimen especial de enajenación y explotación.

Los bienes comunales surgen en toda Europa durante el período feudal². Eran los denominados feudos (conjunto de bienes que eran concedidos a un señorío para su explotación). Tras la progresiva desaparición del feudalismo a partir del siglo XIII, estos bienes pasaron a formar parte de villas y ciudades, dejando de ser propiedad de un señor, para pasar a la comunidad en su conjunto. Pronto fueron reglamentados por los distintos fueros que regulaban su explotación estando sujeta a limitaciones

1 V.V.A.A. Murcia y el agua: historia de una pasión. Murcia, 2005.

2 URL: http://es.wikipedia.org/wiki/Bien_comunal (Consulta: 19-04-2007).

de todo orden. Dentro de las características más destacables hay que subrayar que eran bienes no enajenables y la explotación de los mismos debía llevar aparejado el respeto y cuidado del bien, y la capacidad de regular su uso quedaba en manos de los distintos pueblos. En algunos casos veremos como todavía permanecen costumbres ancestrales con relación a la explotación de dichos bienes por parte de determinadas comunidades³.

Para el tema que nos compete, que es el de las interrelaciones establecidas a través del uso y explotación del agua en nuestras tierras del Campo cartagenero realizaremos una distinción entre las relaciones existentes en el ámbito del pueblo y en el ámbito agrícola.

Nos adentraremos en los distintos modos de aprovechar el agua, tanto para las tareas del hogar como las propias de las labores que la economía de la Agricultura requiere haciendo especial hincapié en los vínculos que generaba la denominada cultura del agua. Para ello hay que tener en cuenta las tradiciones que cada uno de los municipios que componen la comarca del Campo de Cartagena han cultivado generación tras generación ya que la manera de conseguir y utilizar el agua varía de forma perceptible dependiendo de la zona geográfica en la que nos encontremos.

No obstante en nuestro viaje por estas tierras encontraremos unas determinadas pautas comunes de comportamiento, aunque, qué duda cabe, que lo verdaderamente enriquecedor quedará reflejado en los matices propios y distintivos que cada comunidad alberga.

3. EL AGUA EN EL PUEBLO

El agua necesaria para la supervivencia de una familia quedaba cubierta por la existencia de aljibes y pozos que capturaban y almacenaban el líquido elemento. Normalmente en todas las casas había pozos o aljibes. El agua de los aljibes se utilizaba para el consumo humano, y el de los pozos para las tareas domésticas de la vivienda y para dar de beber a las bestias, ya que el agua de los pozos se caracterizaba por un alto nivel de salinidad y sus condiciones no eran las más óptimas para su ingestión.

En relación con las condiciones del agua de los pozos hemos encontrado un artículo muy interesante recogido en el periódico «La Cosecha», con fecha del 3 de marzo de 1928:

3 MOLINA MOLINA, Ángel Luis: «Replacación de Cartagena a final de la Edad Media». *Nuestra Historia*, 1987.

CARREÑO GARCÍA, Eugenio: «Una aproximación a la desamortización civil. Los problemas y los repartos de tierras en el municipio de Cartagena (1755-1855)», *Accésit del III Congreso de Historia «Ciudad de Cartagena» 1987*. Murcia, 1989, 39-41.

«El agua de pozo difícilmente es buena porque puede estar contaminada si existen filtraciones que invaden el caudal de agua que alimenta al pozo, con la cual comunica la fiebre tifoidea. Es necesario hacer todo lo posible por cubrir los pozos (...). El agua de pozo se dice cruda o selenitosa cuando contiene caliza o yeso. Entonces tiene un sabor desagradable, es muy indigesta y no puede ser utilizada en los usos domésticos. Para mejorarla hay que añadir 30 gramos poco más o menos de cristal de sosa por diez litros si contiene yeso; se forma un depósito blanquinoso; se decanta y el agua puede ser empleada. Si el agua contiene bicarbonato de cal se le añade agua de cal que forma un precipitado. Se deja reposar el líquido.»⁴

Los pozos se ubicaban en la parte posterior de las viviendas tradicionales, en los patios, aunque algunos se insertaban dentro de la propia casa, en las cocinas, así como en los ejidos de las casas de labor.⁵

No obstante hemos encontrado otros lugares en donde el agua de los pozos poseía un nivel de salubridad bastante apto para ser consumido por los habitantes de dichos lugares, siendo, de hecho, el único medio para poder conseguir agua (zonas como Perún o la Media Legua).

3.1. ¿Para qué se utilizaba el agua del pozo?

En principio, salvo excepciones mencionadas, se destinaba a fregar los utensilios para hacer la comida, fregar los pavimentos, dar de beber a los animales en pilones de piedra, para enjuagar la ropa de la casa o para rociar las puertas.

A pesar de que en casi todas las viviendas del pueblo había pozos, muchos de ellos no eran propiedad exclusiva de los propietarios sino que los había de uso comunitario.

A veces dos familias cuyas viviendas estaban adosadas construían de mutuo acuerdo un pozo para ambas casas. Este pozo se solía situar en el lindero de ambos patios, de tal forma que cada familia tenía acceso desde su parte del patio al brocal del pozo. Esto acarrea una serie de obligaciones, sobre todo, en cuanto a mantenimiento del mismo se refiere. Cuando el pozo se quedaba seco en períodos de acusada sequía ambos propietarios eran los encargados de introducirse en su interior para seguir excavando hasta alcanzar niveles de agua que se encontraban en capas freáticas más profundas. O bien cuando se estropeaba el cubo, la garrucha⁶ o la maroma⁷ que había que reponer inmediatamente.

4 «La Mujer y la Casa», *La Cosecha*, 03-03-1928, p. 4.

5 Información recogida de la tradición oral de un grupo de informantes de La Puebla.

6 (De Carrucha). 1. f. polea. Diccionario de la Lengua española- vigésima segunda edición.

7 Cuerda gruesa de esparto, cáñamo u otras fibras vegetales o sintéticas. Diccionario de la Lengua española- vigésima segunda edición.

Cuando el pozo estaba situado en el interior de la vivienda, solía tener dos puntos de acceso: uno al interior de la misma, de donde se proveía la familia que habitaba en la casa y otro que daba directamente a la calle donde podía acudir cualquier vecino escaso del preciado líquido para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, en no pocas ocasiones, el propietario del pozo actuaba de manera no lucrativa, dispensando el agua generosamente a sus vecinos.

En aquellas zonas donde el único medio de obtener agua era a través de los pozos, lo más corriente es que éstos fueran de uso comunal, quedando estipulado en muchas ocasiones en las escrituras de compra venta de las propiedades⁸.

En algunas ocasiones había propietarios que compraban un terreno para construir exclusivamente el pozo cuyo fin era el de vender el agua con lo que obtenían pingües beneficios para la economía familiar, pagando por ello una contribución. De ese pozo se extraía agua continuamente, sólo se dejaba descansar cuando se quedaba seco hasta que volviera a manar agua. Estos pozos solían cerrarse con tablones de madera a modo de casetas, para permitir su utilización cuando las inclemencias del tiempo eran acusadas. Los compradores esperaban pacientemente su turno para comprar el agua que depositaban en unos carros o en cubas. El agua se extraía con una maroma y un cubo de cinc, que iba a parar a unas pilas con unos orificios desde donde partían unas canalizaciones que la conducían hasta unos depósitos que tenían una llave de paso que se abría o cerraba para dejar salir el agua necesaria llenando los carros por medio de una manga. Cuando se agudizó la necesidad de extraer una mayor cantidad de agua, entonces la maroma y el cubo fueron sustituidos por un torno que alcanzaba una mayor profundidad (unos quince o veinte metros más o menos) y podía sacar más volumen de agua a la superficie.

En alguna ocasión nos han contado las gentes que vivían en estas tierras cómo en algunos de los pozos de uso comunal que se ubicaban en terrenos ajenos a las viviendas era corriente que robaran el cubo, con lo cual para ir a buscar el agua, cada uno debía cargar con el suyo propio⁹.

En la mayoría de las tiendas o fondas donde los carreteros hacían un alto en el camino para descansar, solía haber en el exterior unos pilones de piedra donde la caballería saciaba su sed. El agua la extraían de un pozo, propiedad del dueño del local, que se encargaba de que esos pilones siempre estuvieran llenos.

3.2. ¿Para qué se utilizaba el agua de los aljibes?

Los aljibes recogían el agua de lluvia. Había dos tipos en cuanto al procedimiento que tenían para captarla: los aljibes de «teja» y los de «arrastre»¹⁰. Ya comentamos

8 Información recogida de la tradición oral. Informante de La Puebla: E.P.S.

9 Información recogida de la tradición oral. Informante de Cartagena: J.D.L.

10 GARCÍA MARTÍNEZ, Ginés: *El habla de Cartagena: palabras y cosas*. Murcia, 1986.

con anterioridad que el agua del aljibe era el utilizado para el consumo humano y para otras tareas domésticas, como el lavado de la ropa, para lo cual el agua del pozo no servía.

En las casas de los pueblos los aljibes que había eran fundamentalmente de «teja» que recogían el agua a través de unas canales de cinc hasta la poza. La capacidad de estos aljibes podía abarcar la casi totalidad de la superficie de la vivienda en profundidad, con lo cual se aseguraban el abastecimiento del agua durante un tiempo considerable. Las relaciones sociales a través del agua se establecían aquí entre los vecinos que poseían dichos aljibes y los que carecían de ellos. Éstos se acercaban con cántaros de agua a las viviendas de aquellos sin que se les cobrara por ello, salvo en aquellas ocasiones en las que el período de escasez pluviométrica era tan acusado que algunos propietarios llegaban a cerrar con candados los cierres de madera que cubrían el brocal de los aljibes.

Los aljibes comunales en los pueblos solían ser de arrastre. Estos aljibes se ubicaban en determinadas propiedades privadas aunque en los contratos de compra venta quedaba estipulado que el uso y disfrute del agua era comunitario, con lo cual el propietario debía de permitir al resto de los vecinos la extracción del agua. En la mayoría de las ocasiones las obligaciones que este bien común acarrea era el de la limpieza de las vertientes, ya que el paso del agua por las mismas arrastraba todo tipo de impurezas del terreno o matorrales. Esta labor la realizaban los vecinos unas tres o cuatro veces al año. O bien, cuando el aljibe se quedaba sin agua, los beneficiarios tenían que comprar el agua que transportaban las cubas hasta el mismo.

También había ocasiones en las que se celebraban fiestas o bailes en las sociedades o centros sociales de los pueblos, y para dar de beber a la gente que allí se reunía lo hacían con el agua del aljibe que abocaban a unas tinajas de grandes dimensiones.

4. BUSCANDO AGUA

Una de las labores que los habitantes de determinados pueblos recuerdan con mayor nostalgia es la de ir a buscar agua a las fuentes o a los manantiales, agua para consumo humano. Las fuentes se ubicaban en lugares céntricos y se convertían en auténticos espacios sociales, lugares y centros de reunión donde la plática y la convivencia eran práctica diaria. La tarea de ir a buscar agua quedaba casi exclusivamente relegada a las mujeres, que con sus cántaros o carretones iban en procesión a guardar turnos para recoger el oro líquido. A veces colocaban sus cántaros en el suelo señalando su turno, y en muchas ocasiones esos cántaros llegaban a rodear la fuente hasta conformar varios círculos de espera¹¹.

Las mujeres se ayudaban entre ellas para transportar los cántaros una vez llenos de agua, sobre todo, cuando la distancia entre sus casas y la fuente era notable. Los

11 Información recogida de la tradición oral. Informante de Santa Lucía: A.G.C.

llevaban apoyados en la cadera o bien con carretones de agua. Algunas personas se sacaban un dinero yendo a buscar el agua para otras personas que por cualquier motivo no podían ir a buscarla ellas mismas. Incluso había ocasiones en las que eran los zagales los que guardaban el turno mientras sus madres hacían los quehaceres domésticos¹².

Para evitar algún tipo de conflicto durante la espera había personas que se dedicaban a vigilar estos lugares. En algunos casos era la figura del celador el encargado de realizar esta labor entre otras correspondientes a su cargo, ya que estas fuentes eran de uso comunitario.

De otro lado estaban los manantiales, donde el agua manaba de forma natural, y las gentes del lugar se limitaban a abrir pequeñas pozas para sacar el agua hasta la superficie. Allí formaban igualmente cola de forma respetuosa. Pero esta manera de abastecimiento podía resultar una tarea desalentadora, ya que el flujo de agua solía ser en muchas ocasiones bastante exiguo, hasta el punto de que aquellas personas que aguardaban turno en las últimas posiciones podían regresar a casa con el cántaro vacío.

5. CENTROS SOCIALES

Los lavaderos constituían otro eje de reunión social. En todas las casas solía haber una pila ubicada junto al pozo o al aljibe. Estas pilas podían ser de piedra, de una sola pieza, enladrilladas y luego enlucidas. Pilas sobre las que se solía colocar una tabla de madera para restregar y que le daban el nombre de «batiór». La mayoría de estas pilas solían tener dos tablas de restregar con lo que podían ser utilizadas por dos mujeres a la vez, incluso algunas tenían hasta cuatro «batiores». En algunas ocasiones estaban cubiertas por una especie de caseta hecha de madera, cañas e incluso con palmeras para guarecerse de las inclemencias del tiempo; en otras, las pilas estaban a la intemperie y para protegerse del viento o del sol las mujeres colocaban un banco donde apoyaban un malguar¹³ o un baleo¹⁴ de pleita¹⁵ que iban moviendo a la par que el sol lo hacía o según la dirección en la que soplara el viento.

En otras ocasiones los pozos incorporaban la propia pila con una pequeña poza que se llenaba de agua y otro espacio donde se colocaba la tabla de restregar. Todo hecho de la misma obra.

Pero era en los casos en los que las mujeres carecían de pilas propias o bien cuando tenían que lavar un determinado tipo de prendas, tales como colchas o mantas

12 Información recogida de la tradición oral. Informante de Santa Lucía: A.G.C.

13 Según la tradición popular es todo objeto realizado con esparto, con forma circular (estera, utensilio para avivar el fuego del hogar, etc.)

14 Ruedo o felpudo. Diccionario de la Lengua española- Vigésima segunda edición.

15 Faja o tira de esparto trenzado en varios ramales, o de pita, de palma, etc., que cosida con otras sirve para hacer esteras, sombreros, petacas y otras cosas.

cuando se dirigían a los denominados lavaderos comunitarios. Estos lavaderos se podían ubicar en ejidos, y disponían de numerosas pilas para un número indeterminado de mujeres. Éstas llegaban a recorrer varios kilómetros desde sus casas con los canastos de ropa apoyados en sus caderas para proceder a un ritual bastante laborioso y que, en la mayoría de los casos podía ocuparles toda una jornada completa. Lavaderos los había de varios tipos. Algunos los construía una persona para cobrar a las mujeres que iban allí a lavar. El cobro lo realizaban por la cantidad de agua que cada mujer extraía del pozo o del aljibe para lavar su ropa. En otras ocasiones eran construcciones de obra, a modo de naves en cuyo interior había una especie de balsa con pilas de obra donde también se cobraba por el agua. De otro lado estaban las balsas de las norias, norias que se ubicaban en los bancales movidas por la fuerza animal y que extraía el agua a la superficie a través de una rueda con arcaduces que la abocaba a una balsa de grandes dimensiones. A lo largo de la balsa, que era una construcción de piedra se disponían múltiples pilas que iban recogiendo el agua a través de una canalización. Las pilas tenían un orificio de entrada que se taponaba con unos trapos cuando éstas se llenaban de agua. Lo primero que se hacía era «sacar la ropa de tierra»¹⁶. Se echaba carbonato en polvo y la golpeaban. Luego ese agua la tiraban y volvían a llenar la pila con agua y jabón. En algunas ocasiones, para que las manchas más incrustadas se eliminaran de los tejidos hervían en unos calderos escamas del jabón sobrante y dejaban la ropa en unos lebrillos a remojo durante toda la noche. Después la enjuagaban y finalmente la dejaban secar al sol, apoyadas sobre piedras, en el suelo.

No resulta difícil imaginar la escena de esas mujeres que mientras realizaban su tarea platicaban entre ellas a la par que los chiquillos revoloteaban a su alrededor jugando con las ranas de la balsa o apremiando a la mula para que no dejara de dar vueltas a la noria. Esta enjundiosa tarea se transformaba en una jornada de convivencia, en donde el trigo de los bancales y el cielo conformaban una sala de estar al aire libre; es éste el denominado entorno de la noria del que nos habla Juan Montoya Inglés.¹⁷ La jornada concluía cuando la ropa se había secado y la doblaban con decoroso cuidado para llevarlas de vuelta a casa acompañadas por la puesta del sol.

Había mujeres que se ganaban la vida lavando la ropa de otras familias, eran las lavanderas, que bien se acercaban a las casas de sus clientes a llevar a cabo su tarea o bien iban a estos lavaderos. Lavaban la ropa, la secaban e incluso la planchaban, por un pago que a veces no excedía de una simple comida.

16 Expresión popular que significa golpear la ropa hasta quitarle la tierra o el polvo que acumulaba.

17 MONTOYA INGLÉS, Juan: Un maestro apearor: Salvador Montoya Garcerán. [s.l.] [s.n.], 2001.

6. EL AGUA EN EL ÁMBITO AGRÍCOLA

En las casas de labor solía haber pozos y aljibes. Tanto para el abastecimiento doméstico como para las necesidades del riego. Las aguas que regaban los bancales o planteles recorrían, a veces, un largo trayecto desde las balsas de las norias o desde los molinos de agua. Ese recorrido lo realizaban a través de las denominadas boqueras que bien se abrían a través de surcos hechos en la tierra con la azada (los denominados caballones) y que dirigía el agua hasta el lugar requerido, o bien a través de canalizaciones de obra hechas con ladrillo. La denominada boquera maestra, a partir de la cual se ramificaban las demás, siempre se respetaba a la hora de trabajar la tierra; era un terreno intocable. Cada casa de labor solía tener su propio aljibe o bien su propia noria, aunque a veces el coste que suponía la construcción de dicho artificio era demasiado elevado y se cofinanciaba entre distintos labradores. Este acuerdo se realizaba de manera escrita o bien oral. Quedando como pruebas los testamentos que especificaban los derechos y participaciones que eran transmitidas y algunas escrituras de compraventa que indican de qué modo se transfería el usufructo de las norias.

Algunas fincas disponían de labradores que vivían en la misma casa que los propietarios del terreno y les trabajaban la tierra. Por aquellos terrenos que se consideraban de regadío se pagaba un rento¹⁸; de otro lado se pagaba un terraje¹⁹ por las tierras de secano. Esto se pactaba mediante contratos, a veces escritos, a veces orales, que se iban renovando cada cinco o diez años.

En el caso de los aljibes se aprovechaba el agua de las vertientes de las eras para recoger el agua de lluvia (esto solía hacerse durante el invierno, cuando no se trillaba). Para ello se preparaba el terreno limpiando la era que se barría con una bolaga o balea, que recibía el nombre del («barreor») dejando que el agua discurriera unas horas (las primeras lluvias) para entrar limpia al aljibe.

Había personas que disponían de pozos donde extraían el agua con un motor que la almacenaba en una balsa y la canalizaban a través de largas distancias saciando la sed de aquellos terrenos sedientos que dicha obra recorría. Eran dichos propietarios los que daban los turnos a los labradores para el riego y cobraban por horas.

18 Rentó: renta o pago con que contribuye anualmente el labrador. Diccionario de la Lengua española-Vigésima segunda edición.

19 Terraje: pensión o renta que paga al señor de una tierra quien la labra. Diccionario de la Lengua española. Vigésima segunda edición.

7. LOS OFICIOS DEL AGUA

7.1. El Rbdomante²⁰

Cuenta la tradición oral que a la hora de construir un pozo eran muchos los que recurrían a los servicios de los zahoríes. El diccionario de la Real Academia Española define al zahorí como «la persona a la que se le atribuye la facultad de descubrir lo que está oculto, especialmente manantiales subterráneos»²¹. Los zahoríes eran individuos capacitados para detectar agua en profundidad a través del movimiento de varas de madera flexible con forma de horquilla. También podía utilizarse un sencillo péndulo que acusaba la presencia y profundidad del agua con determinados códigos de movimiento. Estas rudimentarias herramientas se basan en el supuesto de que la presencia de agua genera algún tipo de energía que provoca un movimiento espasmódico con las varillas por un extremo, o bien sostiene el péndulo, y camina hasta que se produzca el movimiento de la herramienta.

Debido a la trabajosa tarea de encontrar agua la figura del zahorí²² fue ganando prestigio entre aquellas gentes para las que la necesidad de abastecerse del preciado líquido era una cuestión de pura supervivencia.

7.2. El «Aguador»

En aquellos momentos en que la sequía provocaba estragos en el Campo de Cartagena, se hizo imprescindible la existencia de un típico personaje que se llamaba el aguador. Se le puede llegar a considerar como el primer monopolizador del sistema de distribución del vital líquido elemento.

Los aguadores paseaban por las calles del pueblo con un carro tirado por una caballería, que arrastraba una bota de madera, o cuba, colmada de agua (la bota podía albergar unos dos o tres metros cúbicos de agua más o menos). Se paraban en un lugar determinado mientras las mujeres revoloteaban sobre él, cántaro en mano, para comprarle el agua que necesitaban; o bien se dirigían ellos mismos a las puertas de las viviendas de sus asiduas clientas para trasladar su carga hasta un universo de vasijas.

Los aguadores se abastecían de manantiales, fuentes, pozos de agua dulce o aljibes, que bien eran comunales o que tenían en propiedad. La llegada del aguador aportaba una nota de color a las calles del pueblo con sus barriles coloreados en

20 AMORÓS, Pedro: «Radiestesia». URL: <http://www.ctv.es/USER/seip/seip19.htm> (Consulta: 20-04-2007).

21 Diccionario de la Lengua española-Vigésima segunda edición. 2001.

22 En 1475 se habla de especialistas en aguas subterráneas establecidos en la ciudad de Lorca, denominados «maestros de sacar agua». Murcia y el agua. Historia de una pasión, ob. cit. (pág. 45).

tonos verdes o rojizos. El aguador recorría un trayecto que podía alcanzar varios kilómetros, y la asiduidad con la que solía aparecer allí donde trabajaba oscilaba entre dos o tres días a la semana. Si la distancia a recorrer no era muy notable, podían sustituir la bota por unos cántaros de agua que se acoplaban a un carretón tirado por ellos mismos.

Su labor no se limitaba al abastecimiento de agua potable para el consumo doméstico, sino que también había aguadores que vendían agua no potable para la construcción de obras o para el riego.

7.3. Los «chambileros»

«Llorar nenes, llorar, que vuestras madres los compraran». Esta es una de las frases que han quedado grabadas para siempre en la memoria de unos niños que la escuchaban de boca del «rojo», del «tío chupa-chups» o del «tío Nicolás» mientras jugaban en las calles del pueblo, o ayudaban en las tareas agrícolas a sus familias. Eran los heladeros. Hombres que saciaban la sed durante el verano vendiendo horchata, granizado de limón o los famosos «chambis» (mantecado de vainilla que se servía entre dos galletas).

El «chambilero» transportaba su mercancía en un carro o en bicicleta, donde amarraban unas garrafas de metal forradas de corcho al exterior y cubiertas por unas tapaderas. En el interior de dichos recipientes se conservaba el helado, ya que se cubrían con hielo picado.

7.4. Vendedores de hielo

El hielo se utilizaba en las casas de manera excepcional. Fundamentalmente en las celebraciones familiares, cuando en unos barreños de metal introducían una barra de hielo para mantener frescas las bebidas y alguna fruta.

Las familias con una mayor disponibilidad económica contaban en sus casas con unas neveras a modo de arcones o cofres metálicos cubiertos de madera donde mantenían frescos algunos alimentos y bebidas. Dichas neveras disponían de un orificio por donde desagüaba el agua conforme el hielo se derretía. Agua que se aprovechaba para el riego de plantas o para los retretes.

Esencialmente eran los bares y mesones los que necesitaban del hielo habitualmente. Y para ello recibían la visita diaria del vendedor de hielo, el cual transportaba las barras en carros o en bicicleta envueltas en sacos de esparto o separadas entre sí con paja. Las barras se vendían por medias, por cuartos o enteras. Estos vendedores ambulantes se abastecían de su mercancía en las fábricas de hielo, como la de Cartagena; siendo éste la partida de origen de su larga y pesada jornada de trabajo.

8. CONCLUSIONES

En la actualidad, el proceso de evolución tecnológica desarrollado fundamentalmente a partir de la última década del siglo XIX, con la difusión de los motores como equipos de extracción de agua o con el predominio de la electricidad desde mediados de los años cincuenta del siglo XX, así como la llegada del agua del Taibilla, también en estos años, ha llevado consigo un cambio radical tanto en la forma de vida de las comunidades rurales como en el paisaje de nuestros campos. Los sistemas tradicionales de abastecimiento de agua fueron desapareciendo progresivamente dejando como única huella de su existencia restos mutilados, que imprimen hoy una visión casi fantasmagórica a nuestras tierras de aquellos artilugios que en su día fueron el único motor de subsistencia de aquellas familias de nuestro querido Campo de Cartagena.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Pedro. *art. cit.*, 441.
- ARDOHAIN, Claudio. «La vara mágica. De la Rbdomancia a la Radiestesia». URL: <http://www.geoambiental.com.ar/rabdom.htm> (Consulta: 20-04-2007).
- Arte zahorí en España. URL: <http://www.artezahori.com/> (consulta: 20-04-2007).
- Bien comunal. URL: http://es.wikipedia.org/wiki/Bien_comunal (Consulta: 19-04-2007).
- CARREÑO GARCÍA, Eugenio; *art. cit.*, 434.
- Comentarios de una asociación escéptica (en contra). URL: <http://www.escepticospr.com/Archivos/AguaVarillas.htm> (Consulta 20_04_2007).
- «El aguador». URL: <http://boletindenewyork.com/aguador.htm> (Consulta: 19-04-2007).
- «El camino de un zahorí». URL: http://www.alcione.cl/nuevo/index.php?object_id=308 (Consulta: 19-04-2007).
- «Foro del viajero». URL: <http://www.toprural.com/foroviajeros/index.cfm/accion/msg/idm/128924.htm> (Consulta: 19-04-2007).
- GARCÍA MARTÍNEZ, Ginés: *art. cit.*, 437.
- GÓMEZ VIZCAÍNO, Aureliano: *Tierras de Poniente. La Azohía Isla Plana*. Cartagena, 2005.
- GÓMEZ VIZCAÍNO, Juan Antonio: *Pueblos de Cartagena. Diputaciones del Municipio, Historia y Patrimonio. Civilización, costumbres y tradiciones de Cartagena* 2. Cartagena: Ayuntamiento, 2003.
- «La Mujer y la Casa». *art. cit.*, 435.
- «Las Lavanderas». URL: <http://www.el-caminoreal.com/mitos/lavanderas.htm> (Consulta: 19-04-2007).
- MOLINA MOLINA, Ángel Luis: *art. cit.*, 434.

MONTOYA INGLÉS, Juan: art. cit., 440.

Murcia y el agua: historia de una pasión. art. cit., 434.

«Salvemos a los aguadores». URL:<http://www.hispamp3.com/articulos/articulo.php?identificador=20030522070912> (Consulta: 19-04-2007).

SÁNCHEZ CONESA, José: «Tomando el fresco. Pasar el verano en la tradición del Campo de Cartagena». *Cartagena Histórica*, nº 9 (octubre-diciembre, 2004) (pág. 48-54).

VALDEÓN, Julio: *El Feudalismo*. Madrid, 1992

Relación de informantes:

- La Puebla (Cartagena): Asociación de mayores
- La Puebla (Cartagena): Eladio Pérez Sánchez
- El Algar (Cartagena): H.S.J.
- Cabo de Palos (Cartagena): Asociación de mujeres Virgen del Mar
- Cartagena: F.Z.R. y A.Z.R.
- Santa Lucía (Cartagena): Alfonso Guillén Conesa
- Perín: Asociación de Vecinos
- Torre Pacheco: J.S.C.
- Media Legua (Cartagena): Josefa Jiménez Ortiz, Josefa Egea Hernández, Inés Egea Hernández y Josefa Hernández Ros.

